



HEMOS RECIBIDO

*Publicaciones  
recibidas para canje*

***Ingamanda parlu: estrategias de resistencia bilingüe.***

Carlos Enrique Pérez Orozco, 2007.

Hemos recibido el libro *Ingamanda Parlu*, publicado en Cali en el 2007 por la Universidad Icesi. Este notable libro es una investigación del profesor Carlos Enrique Pérez Orozco, sobre las características del bilingüismo inga en el resguardo indígena de Yunguillo, población situada en la margen occidental del río Caquetá en su cuenca alta, en el piedemonte amazónico de los Andes del sur de Colombia. El autor propone

Observar el fenómeno del uso real de la lengua inga, sus procesos de evolución en un contexto conflictivo y las implicaciones de este proceso en la construcción de una identidad étnica en donde la lengua se ha convertido en un espacio privilegiado de la lucha simbólica y política. (p. 81, texto reseñado)

Esta comunidad indígena posee varias características históricas, geográficas, culturales y lingüísticas que la hacen singular para un estudio “tejido con pretensión etnográfica clásica”. Aunque el autor no lo explicita abiertamente, los ingas de Yunguillo son un pueblo de frontera: “Yunguillo es un enclave de circulación de culturas andinas y amazónicas”. Es una comunidad que tiene una historia de convivencia y apropiación de sistemas culturales y lingüísticos diferentes, lo que le ha permitido adoptar el bilingüismo como una estrategia de adaptación y sobrevivencia. El bilingüismo inga no sería “simplemente un conocimiento lingüístico: implica una habilidad social”. Aunque los ingas —que probablemente sean descendientes de “campesinos mitmakuna forzados por el Estado Inca del Tawantinsuyu a servir de destacamiento colonizador de frontera”— han experimentado situaciones que podrían ser calificadas como relaciones de dominación de culturas hablantes en

lenguas distintas a la suya, “estas no han llevado a la supresión de una lengua sino a la construcción de un sistema bilingüe” (pp. 39- 40).

Cuando el autor enfatiza la histórica adaptabilidad cultural de los ingas, esto podría llevar al lector a pensar, como en mi caso, que allí se encuentra buena parte de las razones que explicarían las circunstancias que han dado origen a sus habilidades bilingües. Como escribe el investigador, aunque los ingas tienen procedencia andina y su lengua “aglutinante y acentual pertenece a la gran familia quechua” (p. 85), han adoptado prácticas y sistemas culturales como el consumo de ayahuasca “con presencia más fuerte entre grupos amazónicos y de todo el piedemonte andino amazónico que en grupos andinos” (p. 43), siendo “la cultura oral inga de origen más amazónico que andino” (p. 43).

Apoyado en investigaciones de corte etnohistórico, Pérez Orozco muestra cómo “la comunidad ha sido bilingüe por más de doscientos años” (p. 113). Pero ¿cuál es la procedencia de esta habilidad lingüística y cultural? El autor propone razones de orden lingüístico, cultural y comunicativo. Según Pérez Orozco, “el bilingüismo, de los ingas, es una forma que adoptan los sujetos sociales para la comunicación y la producción simbólica en diversas situaciones de contacto cultural, orientado a la eficacia comunicativa de uno u otro sistema” (p. 63). El autor subraya que es “una estrategia retórica [vale decir comunicativa] la escogencia de un sistema o de otro” (p. 63). Pero el bilingüismo que produce la convivencia del castellano y del inga en el resguardo de Yunguillo se da gracias también a una serie de factores producidos, a mi modo de ver, por ser una comunidad de frontera. Los ingas, como lo explica Pérez Orozco, adoptaron un sustrato de la memoria cultural amazónica al incorporar relatos como el *Kuchaluma Parlu*, el cual muestra a los ingas como hijos de la Anaconda o de Amarun. Es aquel un relato sobre “la Anaconda que es cortada desde adentro y que deja a los hombres en diferentes partes del río” (p. 44). El autor muestra que los ingas han sido un pueblo con una historia prolongada de contactos culturales. Son “una síntesis de cultura andina y amazónica” (p. 48). En los siglos XVI y XVIII los “indígenas plurilingües que hicieron de siervos de los conquistadores y los misiones” parecen ser los ancestros de las comunidades ingas del alto Caquetá (p. 53). A comienzos del siglo XX y “durante el auge de la economía extractiva de la quina [los ingas] en contaste con la casi aniquilación de los andaquíes, permanecieron asentados en Mocoa junto a los colonos, y en las rutas de penetración cauchera” (p. 55).

El autor se apoya en Bourdieu para examinar la “resistencia silenciosa” de los ingas (p. 58). Esto en el contexto examinado desde la óptica de relaciones de

dominación lingüística. Aunque el lector se puede preguntar, a partir de los mismos datos que presenta el autor, si no tendrán mayor poder explicativo, razones de orden cultural inherentes a las habilidades de adaptación de un pueblo con habilidad para realizar sincretismos culturales. En el pasado, a pesar de la hegemonía de la sociedad colonial y su idioma castellano, de la llegada en los siglos XIX y XX de colonos hablantes del mismo idioma, los ingas lograron mantener su idioma y establecer un sistema bilingüe (pp. 39-40). El autor, si bien destaca la identidad inga que ha permanecido como “objetivación y autoconciencia en situaciones de contraste y/o confrontación con otros grupos, de sus diferencias sociales y culturales”, no deja de llamar la atención sobre una situación que influyó en las preguntas de la investigación:

Los acelerados cambios que en el contexto del Piedemonte amazónico colombiano se vienen dando, especialmente en el orden económico y político, han presionado para que las comunidades ingas se inserten en la economía regional. Este es uno de los principales factores que alteran las bases éticas de la economía tradicional, lo que determinaría la aceleración de cambios culturales. (p. 35)

El autor propone ver la cultura y el bilingüismo inga actual, afectado por cambios culturales. Como lo propone la investigación, los síntomas serían evidentes en las interpolaciones lexicales, fonológicas y sintácticas y en la adopción de estructuras oracionales, de las que se habla en el capítulo 2, *Iskay simiyug. Un pueblo de dos lenguas* (pp. 61-121). Se muestra allí, en el marco del planteamiento teórico de Bourdieu adoptado, cómo existe una tensión y conflicto simbólico y cultural entre las dos lenguas habladas por los ingas. El marcado lingüístico ejerce presión para imponer una forma de expresión, como la única lengua legítima. Hay fuerzas económicas, simbólicas e institucionales que conminan la integración de la comunidad lingüística. Una de ellas es la institucionalización de la escritura en lengua castellana para el trámite de los asuntos comunitarios: “al asentar los acuerdos por escrito, al levantar en un acta la definición de linderos los textos son contruidos en castellano” (p. 83). Pero las dinámicas no son simples en el caso del bilingüismo de Yunguillo. Pérez Orozco establece cómo se manifiesta allí una evidente lucha simbólica. Al caracterizar el bilingüismo de Yunguillo, el autor lo vincula con la situación de diglosia: ¿hay una situación de bilingüismo con o sin diglosia en Yunguillo? Y, además, muestra las amenazas del deslizamiento hacia un bilingüismo con diglosia: “se trataría del uso dentro de una sociedad de varios

códigos independientes y su mantenimiento estable, más que el desplazamiento de uno por otro, en una relación en la que se marca una lengua como subalterna, y a la otra como hegemónica” (p. 61). Teóricamente, esta posibilidad puede darse, si la premisa de una política educativa fuera la de educar en una lengua única nacional: “lo admisible para el proyecto de la lengua única nacional, es el uso de una sola lengua con variedades diglósicas que marquen un lugar social inferior, pero también una sumisión a la unidad hegemónica” (p. 75). Desde una perspectiva de política del Estado colombiano, pienso que esta amenaza señalada por el autor está excluida por la Constitución de 1991 que reconoce y protege en nuestro país su diversidad cultural y lingüística. Ahora bien, no deja de ser real la tensión anotada por el autor al caracterizar el bilingüismo de Yunguillo: “En una asamblea comunitaria, por ejemplo, la definición de asuntos como el orden del día, o la verificación del quórum o acaso el levantamiento de un acta se realizan en L2 (castellano)”. En muy raras ocasiones he visto en los tableros de las asambleas un texto escrito en inga. Los procesos de justicia que se llevan en el cabildo tienen esta tensión lingüística: las declaraciones que hacen los testigos de un proceso, los consejos de sabiduría que dan el cabildo o los padres de familia de los implicados suceden siempre en L1 (inga). El desarrollo de una tendencia a favor de la creación “de nuevos espacios sociales que se abran y tengan una mediación del texto escrito” (p. 83) producirá un desequilibrio entre L1 y L2.

La escritura y su utilización en nuevos contextos, como lo indica el autor, puede, en el caso de la ampliación del uso de la escritura en L2, socavar la identidad inga manifiesta en el uso vigoroso y socialmente reconocido de la lengua inga. El proceso contrario —manteniendo un bilingüismo sin diglosia— fortalece la identidad inga.

El autor explica cómo el bilingüismo inga resulta funcional para los hablantes que lo emplean como herramienta cultural. El bilingüismo, como ya se ha señalado, es indicativo de las habilidades de adaptación social y cultural de los ingas en contextos nuevos o extranjeros. Para lograr insertarse en contextos culturales distintos, se da “la alternancia de una y otra lenguas en contextos públicos” (p. 69). “El bilingüismo inga es un instrumento para la comunicación intercultural y la movilidad social” (p. 71). Pero más allá de la teoría de Bernstein utilizada por el autor para explicar el bilingüismo en la comunidad inga: “punto de intersección, funcional a la relación entre sociedades de lenguas distintas, articuladas como elementos de un sistema mayor” (p. 74), ¿no tendría mayor capacidad explicativa considerar no tanto la condición jerárquica social, (que es el punto de partida para Bernstein, citado en

su trabajo por el autor), cuanto la evidencia de la “porosidad” como rasgo sustantivo de la identidad cultural inga? Esta es la idea de Lotman acerca de los pueblos que habitan las fronteras. Es la realidad del poliglottismo cultural, la que explicaría la existencia y la pervivencia del bilingüismo inga. Pienso que el autor tiene una buena razón para responder a su preocupación sobre el porqué de la sobrevivencia del bilingüismo de Yunguillo y de la lengua inga hablada allí, cuando constata que: “más que diglosia entre los dos códigos, [hay] un poliglottismo funcional a la multiplicidad de escenarios culturales diferenciables”.

El autor constata que la tendencia a la desaparición del poliglottismo puede producirse en un escenario donde la autoridad de los discursos orales de las sociedades sin escritura, sea desafiada por la preeminencia y el prestigio de los usos institucionales (escuela, Estado, economía) de la escritura. De hecho, lo advierte el autor:

El inga está evolucionando dramáticamente en gran parte por la influencia del castellano de la sociedad dominante, por el castellano que las comunidades ingas, bilingües todas ellas, empiezan a utilizar dentro de sus mismas comunidades y no solo como una lengua de relación con la sociedad nacional, sino como parte de su repertorio de herramientas comunicativas. El castellano ha impregnado el habla inga. (p. 109)

Este fenómeno de impregnación de la lengua inga por el castellano, a través de interpolaciones fonológicas, lexicales y sintácticas, es pormenorizadamente estudiado por el autor a partir de la página 25 del capítulo 2. Pero ¿significan las interpolaciones un avasallamiento ejercido por la lengua castellana o representan más bien la forma sutil y eficaz de la resistencia simbólica?

Para el autor son formas de resistencia simbólica:

La adopción de léxico de la segunda lengua, se ve mediada igualmente por una transformación, un vertimiento de la fonología original castellana a la matriz fonomorfológica del inga [también en el nivel morfosintáctico hay interferencia particular] cuando se presentan sendos sufijos de equivalencia significativa en castellano e inga, la lengua permite la coexistencia de ambos sufijos en el sistema y asigna a cada uno una función diferenciada y precisa. (p. 186)

Según el investigador, los ejemplos mencionados, cuyo análisis detallado y extenso se hallan en el capítulo 3 *Maymatta inga simi riku. Hacia dónde va la lengua inga*, le permiten formular la conclusión optimista de “una resistencia del sistema

adoptante a desplazar su material lingüístico tradicional por el proveniente de otra lengua” (p. 186).

El contacto intercultural prolongado de las comunidades ingas con el idioma castellano y sus instituciones, la Iglesia Católica (siglos XVIII, XIX y XX), la escuela colombiana, el mercado de bienes y servicios de los colonos mestizos colombianos, las instituciones jurídicas nacionales, los medios de comunicación audiovisuales nacionales colombianos ha producido espacios sociales y culturales que acentúan la influencia de L2 (castellano). El autor que sigue a Raga (1977) cree ver allí la “expresión previsible de las condiciones de subordinación política” (p. 123, capítulo 3 *Maymatta inga simi riku*). Este influjo del L2 en la comunidad inga y en sus usos lingüísticos produce que: “en cualquier discurso, ya sea en el espacio privado o en el público, en el habla se dan “saltos” entre los códigos de ambas lenguas” (p. 124). El fino análisis del autor sobre las características de este fenómeno contraría la idea de “condiciones de subordinación política”, por cuanto —como él mismo sostiene de manera argumentada en los ejemplos— en este *code-switching*, hay saltos en el habla: intersección de nombres, locuciones fijas o rituales y uso complejo, de los dos sistemas (en una oración); se trata aquí de “la conservación de la L1, el inga, como matriz de comunicación en el grupo de adscripción identitaria”. El *code-switching* es utilizado por el hablante inga de manera chistosa o paródica. A través de la ironía que produce la alternancia, se le enuncia humorísticamente por el hablante inga. El hablante inga, por medios humorísticos verbales y desde las propias reglas de la lengua inga, sanciona un uso inadecuado.

El humor lingüístico en Yunguillo, observado por el autor en el uso de saltos intraoracionales con fines humorísticos intencionales, es para Pérez Orozco “una reafirmación de la identidad cifrada en el uso de la matriz lingüística de la L1” (pp. 125-126).

- \* Trabajangi hasta jambir  
trabaja hasta sudar
- \* Amachasa que me wanusqueo  
no así que me muero

Los ingas han poseído habilidades culturales para hibridar sistemas semióticos sin despojarse de su matriz lingüística y cultural identitaria. Esto queda claro en el análisis que propone Pérez Orozco de los *code-switching* y en la toponimia. En el primer caso se usan para burlarse de quien comete “errores”, o para parodiar la

L2 (castellano) desde la matriz de L1. Lo que es un gesto profundo de identidad lingüística y cultural. Los *code-switching* serían diferentes de la interlingua, “sistema inestable de transición al dominio de la L2”, son más bien síntoma de “la conservación de la L1 como matriz de comunicación en el grupo de adscripción identitaria” (p. 24). En otras palabras, la hibridación no produce desestabilización y pérdida de la identidad lingüística y cultural, sino lo contrario. Es una habilidad típica de los pueblos situados en las fronteras como bien lo explicaba I. Lotman. De acuerdo con Lotman, en estas se crean zonas “de bilingüismo cultural que garantizan los contactos semióticos entre dos mundos”. La frontera es un lugar donde se afirma la identidad,. Este sentido del humor inga es una elevada forma de autoconciencia al parodiar lingüísticamente al otro y a sus sistemas culturales. Lotman (1996) lo explica así:

Desde el punto de vista de su mecanismo inmanente, la frontera une dos esferas de la semiosis, desde la posición de la autoconciencia semiótica de la semiosfera dada, las separa. Tomar conciencia de sí mismo en el sentido semiótico-cultural, significa tomar conciencia de la propia especificidad, de la propia contraposición a otras esferas. (p. 28)

Esta situación de bilingüismo cultural se explicita claramente en el tema de la toponimia analizado en el libro que reseño.

De acuerdo con el autor, en el apartado sobre toponimia y taxonomía bilingüe, en Yunguillo se observa una “alta frecuencia de toponimias y taxonomías híbridas” (p. 130). Esto contraría la idea ampliamente aceptada de “que los nombres tienden a permanecer estables a pesar de los cambios lingüísticos regionales, o la imposición de una nueva lengua” (p. 128). El quechua fue lengua del *Tawantinsuyu* y su influencia se extendió por el suroccidente colombiano. La evidencia está en el “gran porcentaje de voces Q encontradas como toponimia y taxonomía populares en los departamentos de Nariño, Putumayo, Cauca, Caquetá y Huila” (p. 129). Mientras que en esta región hubo un “vertimiento de las voces Q a la fonología del c”, en Yunguillo se da “una alta frecuencia de toponimia y taxonomías híbridas, lo cual haría suponer que quienes nombraron esos lugares y especies, tendrían habilidades en ambas lenguas, o estaban en un contexto de coexistencia de lenguas y culturas” (p. 130). En una de las conclusiones de Pérez Orozco, esta toponimia y taxonomía híbrida que se da en Yunguillo muestra a una “comunidad lingüística para la que ambos códigos constituían un recurso expresivo”, expresión de las habilidades de un

grupo con competencias traductorales de frontera. Allí históricamente han ocurrido contactos, como lo demuestra el autor al examinar la diacronía con las lenguas quechua y castellana por parte de los ingas.

Es ilustrativo el caso de la voz /osococha/, de acuerdo con el autor “esta voz es especial, pues la voz ‘kocha’, laguna, se pronuncia vertida en el castellano regional como /kocha/. Estamos ante una muestra de retroalimentación de las dos lenguas, en la que regresa al habla inga una voz Q mediada por su versión castellana” (p. 131).

La presencia de formas lingüísticas del castellano en la lengua inga, usada por sus hablantes bilingües es, como ya se dijo, un mecanismo de interpolación. El autor revisa detenidamente este mecanismo en procesos como la intersección semántica y adopción lexical; el significante adoptado “denota un objeto o un evento en el que se da alguna convergencia de campos semánticos de C1 y C2”. Se trata de términos de parentesco ritual, de intercambio económico, términos anatómicos. La adopción de los significantes del castellano se establece no por su prestigio, sino porque se trata de un “recurso lingüístico eficaz” en contextos institucionales propios del ordenamiento jurídico y político del Estado nación de Colombia. Aquí se puede discrepar del autor, cuando califica el ordenamiento del Estado colombiano como “imposición de un ordenamiento político de la cultura dominante” (p. 137). Cabe señalar, para matizar la afirmación del autor, que tiende a considerar al Estado colombiano como un agente hegemónico —siguiendo a Bordieau y su idea de un mercado lingüístico que impone una sola lengua, desde la perspectiva de los poderosos Estados nacionales, centralistas europeos— que tal como él mismo lo recuerda, fue gracias al decreto presidencial n.º 2536 de 1953 del gobierno de Rojas Pinilla que se creó el resguardo de Yunguillo, amparado por la Ley 89 de 1890. La Ley 21 de 1991 lo ampara como territorio indígena, a su vez el Vicariato Apostólico de Sibundoy “promovió el proceso de creación del resguardo [...] en orden a proteger el derecho de propiedad de los territorios ancestralmente ocupados por los indígenas inga de Yunguillo” (p. 31). Tal vez sean los procesos del capitalismo y los agentes privados de la economía de mercado, en su expresión por fuera del Estado y los medios de comunicación, quienes impongan nuevos contextos para usos “colonialistas” y excluyentes del castellano. El ordenamiento jurídico del Estado colombiano no tiene una lógica de hegemonía, de acuerdo con los mismos datos citados por el autor. Por supuesto, las lógicas de hegemonía de la economía capitalista acarrearán probablemente tendencias de prestigio y dominación simbólica. La circulación de mercancías en el mercado capitalista exige una unificación del mercado de consumidores, a quienes se “les lava el cerebro” en castellano desde los



medios audiovisuales masivos. Pero los indígenas y habitantes urbanos recibimos la misma dosis de propaganda mediática.

Frente a esta situación de acelerados cambios culturales impulsados por el “principio de acumulación de capital” (p. 35) que puede socavar la situación de bilingüismo sin diglosia de la comunidad inga, o el “poliglotismo funcional a la multiplicidad de escenarios culturales diferenciados” (p. 75). El autor —luego de examinar en el capítulo 3 los procedimientos de “saltos en el habla”, de adopción lexical, adopción contextualizada y uso por defecto; y de las hipotéticas influencias del orden sintáctico castellano sobre el inga— piensa que en “nuevos contextos de intercambio simbólico entre C1 (cultura materna inga) y C2 (cultura de la segunda lengua) [...] se da la posibilidad de continuar utilizando como matriz el inga” (p. 75).

Pérez Orozco no desconoce “la violencia del conflicto cultural y la desventaja del *ix*, inga de Yunguillo, respecto del *c*.” Pero no se trata de una oposición a secas entre dos culturas y dos sistemas lingüísticos. Los ingas, como pueblo de frontera, tienen una formidable tradición para asimilar, hibridar y adaptar sistemas culturales ajenos.

La investigación del autor que arrancó con su “llegada a Yunguillo en vísperas del carnaval de 1997”, tuvo como punto de arranque la conjetura sobre la inminencia de una glotofagia por el castellano del idioma inga. Era una conjetura pesimista. El autor, al percibir en el carnaval la interpolación del castellano en el inga, se preguntaba si no se trataría del “progresivo avasallamiento que ha entrado en el espacio simbólico más sagrado de una cultura: la estructura de su lengua” (p. 23). Al comienzo de su investigación se veía como “cronista agorero de la inminente desaparición del inga, o testigo del nacimiento, en el crisol del cambio cultural del Ingañol, nueva lengua híbrida entre inga y castellano” (p. 23). La pregunta que finalmente se planteó para la investigación fue “¿Cómo se conjuga esta devaluación del inga, que permite la inclusión de palabras castellanas, con la presencia del discurso inga?”.

Luego de analizar el proceso de interpolaciones en lo que él llama “la lengua interferida” inga, Pérez Orozco logra demostrar que: “En el habla inga, se adoptan léxico y tópicos culturales de la sociedad dominante funcionales a las necesidades comunicativas que surgen de la inserción en nuevos contextos sociales” (p. 185). Esta es una estrategia en la resistencia simbólica de un pueblo hábil en las comunicaciones, en el singular espacio semiótico de frontera en que han vivido por siglos. “Parte de la estrategia es la permanencia del discurso inga y de la sintaxis

de la lengua, como matriz fundamental en la que se construyen los discursos públicos” (p. 184).

Hay vertimientos de la fonología castellana a la matriz fono-morfo-sintáctica del inga. Se hibrida y modifica la palabra de origen castellano hasta hacerla irreconocible en el imaginario inga. Se parodian las formas significantes de origen castellano.

Como pueblo de frontera linguocultural los ingas hibridan y sobreviven. Pienso que las tesis de Lotman, en este apreciable y riguroso trabajo del profesor Carlos Enrique Pérez Orozco, permiten mirar con optimismo, como a su vez lo hace el autor, el futuro de la lengua inga. Pero no se puede no estar de acuerdo con el autor en que:

Si las comunidades no pasan a hacer conciencia de la diferencia cualitativa entre entender su lengua como un sistema de resistencia y recomposición de la identidad, por ser la matriz que moldea los símbolos e instituciones culturales adoptados, entonces la lengua inga de Yunguillo y toda la cosmovisión que solo ella puede vehicular, estarían condenadas a dar el switch a la aculturación. (p. 165)

Desde un novedoso y singular enfoque cultural y comunicativo, el autor ha enriquecido nuestra comprensión sobre los tensos procesos de diálogo intercultural de las diversas culturas que integran la heteroglósica cultura colombiana. En este diálogo hay memorias de contactos interculturales ocurridos en el pasado. La comunidad Inga de Yunguillo, tal como lo expone el profesor Pérez Orozco, lleva más de doscientos años de hibridaciones y adopciones de sistemas linguoculturales ajenos. Posee una experiencia de moldear fragmentos de textos, de lenguas adaptándolos a su propia matriz linguocultural. Recordemos cómo el gran semiólogo I. Lotman pensaba que “Las formaciones semióticas periféricas pueden estar representadas no por estructuras cerradas (lenguajes), sino por fragmentos de las mismas o incluso por textos aislados” (p. 31). Como lo propone con amplio conocimiento el profesor Pérez: “la competencia inga de bilingüismo, que hace parte de su riqueza simbólica y social debe institucionalizar en el espacio de la educación formal un sistema igualmente bilingüe que cualifique a sus miembros en el manejo adecuado y funcional de las dos lenguas, fortaleciendo en primera medida el uso de la lengua materna” (p. 186).

Así los ingas seguirán riendo en las dos lenguas. “Se ríen de mí” (p. 21), acto profundo de identidad cultural y lingüística, tal como lo explicó M. M. Bajtin en su libro *La cultura de la risa en la edad media y el renacimiento*.

RUBÉN DARÍO FLÓREZ ARCILA

*Director y Editor de la Revista Forma y Función*

### **Referencia**

LOTMAN, I. (1996). *La semiosfera* (Tomo I). Valencia: Cátedra.